

Domingo 21º. Tiempo Ordinario Año A

Lectio divina sobre Mt 16,13-20

El evangelio nos acaba de recordar uno de los momentos más importantes de todo el ministerio público de Jesús, que, al mismo tiempo, constituyó una vivencia imborrable para cuantos más de cerca le seguían. Tras un período suficiente de convivencia con sus discípulos, que le habían acompañado mientras predicaba el Reino de Dios y habían presenciado los portentos que hacía, Jesús se aleja de la gente y se queda a solas con sus seguidores más allegados. Lejos de cuanto pueda distraerlos, Jesús se interesa en saber lo que sobre él dice la gente y ellos mismos piensan. No es simple curiosidad lo que llevó a Jesús a hacer semejante pregunta, sino su intención de obligar a los suyos a que tomaran partido y públicamente proclamaran quién era para ellos y qué esperaban de él siguiéndole. Todo el que quiere ser discípulo de Jesús termina siempre por verse *obligado a definirse definiéndolo*: a Jesús no le basta con ser seguido de cerca, cree necesario que se le conozca de verdad y se le proclame sin complejos.

En aquel tiempo, ¹³al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos:

«¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?»

¹⁴Ellos contestaron:

«Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas.»

¹⁵Él les preguntó:

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

¹⁶Simón Pedro tomó la palabra y dijo:

«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.»

¹⁷Jesús le respondió:

«¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo.

¹⁸Ahora te digo yo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. ¹⁹Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo.»

²⁰Y les mandó a los discípulos que no dijese a nadie que él era el Mesías.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Conocido ya un cierto fracaso en su misión personal (Mt 13,53-58; 15,1-9; 16,1-4), Jesús se concentra en sus seguidores. Para lograr una mayor intimidad, deja Galilea y sus multitudes. En el camino hacia Cesarea de Filipos, Jesús provoca a sus discípulos a que se definan. El texto es la crónica de una conversación, que inicia y sostiene Jesús con sus preguntas. No anda con rodeos: quiere saber lo que dice la gente sobre él, y así prepara la verdadera cuestión: ¿quién es él para ellos?

En su respuesta los discípulos reflejan saber lo que se dice sobre Jesús; a pesar de la pluralidad de personajes con el que viene identificado, el pueblo lo ve como profeta. Curiosamente, Jesús no reacciona ante lo que lo que escucha; no parece interesarle mucho la confusión reinante entre la gente, pues renueva la pregunta dirigida directamente a sus interlocutores. Tras tanta convivencia y escucha, tras tanto portentoso presenciado y tanta enseñanza especializada, ¿quién es para ellos? El interés de Jesús por la opinión de sus discípulos los cuestiona: no le basta con llevar con ellos una vida de intimidad compartida, ha llegado el momento de la confesión pública; el compañero de camino ha de hacerse público testigo.

Y Pedro confiesa lo que el Padre le ha puesto en el corazón: definiendo a Jesús por lo que significa para Dios, su Mesías y su Hijo, hace suyo el punto de vista Dios, acepta su opción. Bendiciéndolo, Jesús reconoce que su fe no es mérito propio sino gracia concedida por Dios. Pedro no conoce a Jesús porque ha convivido con él, sino porque Dios le ha capacitado revelándole su identidad. Y Jesús reconoce que este hombre, bienaventurado porque agraciado, puede ser piedra y base de un nuevo pueblo creyente: no dejará de ser débil por ello, pero le merece la confianza, porque se ha decidido por Jesús, viéndolo a la luz de Dios y no a la medida de sus deseos o sentimientos. El poder en el cielo, la autoridad en la tierra, la obtiene quien acepta que Jesús es lo que Dios, y como Dios, quiere: la fe está bien fundada cuando se ve todo, Jesús incluido, según Dios. Sólo una fe que viene concedida puede ser base y fundamento – piedra angular – de la fe comunitaria.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Antes de preguntarles por su opinión personal, Jesús quiere saber de sus discípulos qué es lo que la gente está diciendo sobre él. No sabemos qué pudo llevar a Jesús a interesarse por los rumores que su actuación había despertado entre el pueblo. El hecho es que quiso conocerlos de boca de sus allegados. De esta forma, les obligaba a

interesarse por cuanto sobre el maestro pensaba el pueblo. Y es que el discípulo de Jesús, quien quiere vivir junto a él de por vida, no ha de desinteresarse por cuanto el mundo a su alrededor piense sobre su maestro: vivir ocupados en seguirle no nos dispensa de preocuparnos por lo que Jesús significa para los demás.

Prueba de lo mucho que nos interesa Jesús es el interés que mostramos en saber si la gente comparte nuestro entusiasmo por él. Difícilmente demostraríamos que nuestras convicciones, y nuestra fe, son sentidas y sinceras, si no nos preocupa que el mundo no se interese por Jesús, ni nos duela que no se le conozca lo suficiente o no se le ama tanto como nosotros. Permanecer contentos porque, viviendo hoy en una sociedad cada vez menos interesada por nuestro Señor, logramos, y no es poco, conservar intacta nuestra fe en El, no es suficiente; poco valor tendría para nosotros el Jesús a quien seguimos, si no nos preocupara que somos menos sus discípulos o que pocos lo aprecian como como nosotros.

Con su pregunta, en realidad, Jesús preparaba a sus discípulos para un reto más decisivo aún. No le interesaba mucho a Jesús lo que de él pensarán sus contemporáneos; buscaba, más bien, enfrentar a sus seguidores ante la cuestión decisiva: ¿quién era él para ellos? El interés de Jesús por la opinión de los suyos es auténtico y la respuesta inaplazable: deben proclamar públicamente lo que en secreto tantas veces han pensado. Por fin tienen que arriesgarse a decir lo que tantas veces han sentido en privado. Jesús no se contenta con que le hayan seguido y compartido su trabajo y su intimidad. Y es que el seguimiento de Jesús no es nunca asunto privado, que compete sólo a la conciencia del discípulo y que acontece en la más estricta intimidad: sin profesión pública, sin decir en alto lo que sabe el corazón, ningún discípulo supera la prueba. El compañero de Jesús ha de hacerse su testigo; el íntimo de Cristo, su predicador.

No basta, pues, con alimentar buenos sentimientos sin obras que los manifiesten. Hay que decir lo que se piensa y publicar lo que se vive; no son las intenciones buenas las que descubren al buen discípulo, sino su vida hecha mensaje. Jesús no soporta en su compañía personas que no se definen, que no optan por él, que no saben quién es o no se atreven a hacerlo en público. Es él mismo quien sigue hoy retando a todo aquél que desee ser su discípulo; él es quien quiere saber de nosotros mismos nuestra opinión. Si todavía no hemos oído esa pregunta de Jesús, si aún no nos la ha hecho, es probable que no nos haya considerado todavía como sus seguidores más allegados: de hecho, sólo se la hizo a quienes le seguían de cerca desde un principio.

Tendríamos que desearnos oír hoy de nuevo la pregunta de Jesús: si nunca nos hemos visto obligados a tomar posición ante él, quizá es que no hayamos estado lo suficientemente cercanos a él como para que nos pudiera dirigir su palabra. Recuperemos el tiempo perdido; bastaría con que nos sintamos interpelados por Jesús. ¿Quién es él realmente para nosotros? ¿Qué significa, en concreto, a diario, en nuestras vidas? Dependerá de lo que le respondamos, públicamente, ante los demás y, en especial, en su presencia, para que, como a Pedro, nos considere dignos de él y felices porque el Padre se digna revelarnos sus secretos.

Confesar a Jesús no es simplemente decir la opinión que sobre él nos hemos hecho ni siquiera confesar la fe que recibimos de nuestros padres; aceptándole como Cristo e Hijo de Dios, Pedro no proclamó lo que sentía por Jesús, sino lo que Dios quería. Pedro no expresó su pensamiento personal, dijo lo que Dios le había puesto en su corazón. Creer en Cristo Jesús supone, pues, hacer nuestro el punto de vista de Dios, ver a Jesús como Dios mismo lo ve, sentir por él lo que Dios por él siente, contemplarlo a su luz y amarlo como Dios lo quiere. No es legítimo que nos imaginemos a Jesús a la medida de nuestros deseos y en conformidad con nuestra necesidad; no sería ése el Jesús auténtico, el verdadero hijo de Dios: confesar a Cristo es aceptarlo tal como Dios lo quiso. Un Jesús modelado según nuestras preferencias no estaría a la altura de las preferencias divinas: Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios, es siempre mucho mejor de cuanto nosotros nos pudiéramos haber deseado. Pero, para experimentarlo, hay que aceptarlo como realmente es, como Dios nos lo dio.

Sólo los discípulos que, como Pedro en Cesarea, vean y proclamen a Jesús como Dios les ha revelado, serán llamados a ser piedra y fundamento de la fe los demás. El creyente tiene asegurado el poder en el cielo y goza de autoridad en la tierra, siempre que funde su existencia en Cristo Jesús, el Hijo de Dios. En su interés por conocer nuestra opinión sobre él, Jesús se interesa en saber si lo hemos aceptado como Dios nos lo ha mostrado, como su Hijo y nuestro Cristo. Si hoy encontrara entre nosotros un creyente así, le proclamaría dichoso y le confiaría de nuevo la misión de ser piedra y base de la fe de los demás. Estamos emplazados a decir sin complejos nuestra fe; no es el mundo quien nos lo pide, sino nuestro mismo Señor. Y todos estamos así llamados a ser, como Pedro, roca de la fe y pilar de la fidelidad de nuestros hermanos.

Sintámonos urgidos por Jesús a decirle qué representa para nosotros. ¡Bienaventurado aquél, de entre nosotros, que lo confiese como Dios lo ve: nada tendría que envidiar de Pedro!. Su 'misión', ser fundamento y apoyo de la fidelidad de los demás, está al alcance de cuantos alcancen a publicar su fe en Jesús, Mesías e Hijo de Dios. Es nuestra oportunidad, ¿por qué no aprovecharla?.